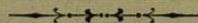


“MISTICAS”



Guadalajara, 31 de marzo de 1898.
—Sr. D. Amado Nervo.

México.

Mi querido poeta:



GRACIAS por su precioso libro, dechado de primor y de talento, alarde de devoción artística acendrada, muestra de lo mucho que usted puede y vale.—Gracias por los instantes dichosos que me ha proporcionado dándome ocasión de releer sus versos admirables, hechos de leche y miel, olorosos á rosas que han perfumado el ara y á círios que han agitado su lengua de fuego en alabanza del Sacramento.

Posee usted casi todas las cualidades que constituyen al poeta místico: imaginación lozana, gusto por los símbolos, las alegorías y las abstracciones, amor á lo maravilloso y corazón tierno y amante. Solo le falta aquel fuego interior en que se consumieron Juan de la Cruz, Teresa
Ce-

Cepeda, Ignacio de Loyola, Schlermaicher, y ambos Luises, de León y Granada: la fe, la fe que traspasa las montañas, que enciende las almas, que inspira las grandes acciones y los heroicos hechos.

Como Demetrio Aurispa, aquel "hombre suave y meditabundo á quien comunicaba singular expresión el mechón de cabellos blancos entre los cabellos negros de la frente," que atraviesa lleno de viril melancolía las páginas del libro más hermoso de D'Annunzio, ama usted los emblemas religiosos, la música sagrada, el olor del incienso, los crucifijos, los himnos de la iglesia latina: es místico, asceta, contemplador apasionado de la vida interna; pero no cree en Dios.

Se arrodilla usted al pié de un altar desierto, ora en una catedral vacía, se consume en un amor que no tiene objeto, porque como los hijos de Israel, gime y se lamenta sobre la túnica ensangrentada de José, sabiendo que José se halla en poder de mercaderes ismaelitas.

Dos fuerzas distintas mueven y compelen á usted: de un lado la necesidad de buscar un refugio en el seno de algo superior, de poner alma lacerada y cuerpo débil en manos del Médico Divino; del otro proclamar á manera de Nietzsche que debemos quedar fieles á la tierra, sin abrigar esperanzas supra-terrestres, ya que Dios ha muerto asesinado por nuestra mano.

Cla-

Claro que esta novísima concepción difiere radicalmente de la que tuvo la verdadera poesía mística: allá se buscaba una misericordia infinita, una bondad suprema que perdonaba lo que el pecador no había podido perdonarse á sí mismo. El hombre se sumerge en aquel manantial de luz, de amor y de paz, buscando camino, verdad y vida, pidiendo albergue á Cristo Jesús porque sentía la cabeza empapada de rocío y las guedejas de los cabellos llenas de gotas de la noche.

Nadie se sentía entonces llevado

... entre los brazos de Ahrimanes

A las fauces hambrientas del Enigma, todos anhelaban, lo mismo justos que culpados, ir á el

Alma región luciente,

Prado de bienandanza que ni al hielo

Ni con el rayo ardiente

Fallece, fértil suelo

Productor eterno de consuelo.

Pero aun esa aparente contradicción, que, como el sabio dice, es muestra clara de que el mundo se acerca á su fin ya que halla en la muerte la vida, me parece honda y sublimemente bella. El creyente, asombrado de su pequeñez, se refugia en el seno de Dios; el ateo místico, conociendo esa misma pequeñez, niega y execra á la Divinidad; pero ambos coinciden en lo absoluto de su pensamiento. Saratouhtra que afirma su ascendencia simica, que no cree sino en la tierra, sobre la cual, sin embargo, quiere elevarse

y

y que se proclama Dios á sí mismo, tiene parentesco muy inmediato con Juan de la Cruz, de quien "no consentía otra cosa el alma que la soledad en Dios," "porque Dios está en el alma escondido" y "el alma siente los vibramientos gloriosos de la llama del divino amor,"

Pero legítimo como considero su misticismo, ya afirme, ya niegue, lo rechazo declarando que no es de ley cuando usted se pone á dudar pidiendo fe al cielo y diciendo al siglo en hermosísimo, pero falso concepto:

Tengo sed de saber y no me enseñas;
tengo sed de avanzar y no me ayudas;
tengo sed de creer y me despeñas
en el mar de teorías en que sueñas
hallar las soluciones de tus dudas!

No, el místico, ya sea á derechas ó "á rebours," es de una pieza. Como el ginece de Alderto Durero, camina impenetrable por la selva en que lo espían el Diablo y la Muerte; cree ó no cree; se llama Leopardi ó se llama Juan de Avila, nunca Nuñez de Arce, de quien procede esa poesía que ya maldice á la ciencia llena de odio ultramontano, ya la canta con dítirambos quintanescos.

Pero no es este aspecto el único por el que usted se acerca á las escuelas olvidadas: la antigua savia circula aún por las venas de su poesía y quizás cuando cree usted ser modernista hasta la médula de los huesos, es apenas un prófugo de la "grand boutique romantique." "Gótica

y

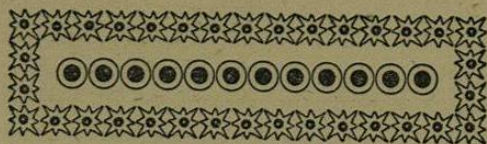
y Esquivá" encierren aquella regresión de ideal que formó parte del programa de los innovadores de 1830; "Transmigración" pertenece al género que el viejo Theo puso de moda y de que hay ejemplares infinitos.

Bien sé que así como antes estuvo en honor el convencionalismo bucólico, hoy priva el convencionalismo místico; pero aun teniéndolo en cuenta, no todos los versos de usted pueden clasificarse en tal categoría. A persona tan extremada en letras como usted no se oculta que las muchas poesías meramente devotas, descriptivas y amorosas que publica, no son ni pueden ser místicas. Entre quien dentro del cercado castillo de que hablaba la santa de Avila declara que "con cuánta razón entraría el alma en sí misma á que le diese este Santo Hijo á entender qué cosa es el lugar donde dice que está su Padre, que es en los cielos" y quien tiende á buscar espasmos nuevos, voluptuosidades desconocidas, sensaciones extrañas, hay una diferencia inmensa.

Místicos son, sin embargo, los sonetos "En camino" y "Última verba," el himno en latín de la decadencia y hasta el sádico "Delicta carnis," todos bellísimos, todos elegantes y todos llenos de unción ó de algo que á ella se parece.

x

Lle-



“LA PARCELA”



SALUDAMOS hoy á una verdadera obra de arte, á una obra que no denuncia los tanteos del principiante, ni las angustias de quien trabaja “pane lucrando,” ni las priesas de quien tiene como agujón de su pereza y estímulo de su entendimiento la mirada ávida del cajista.

“La Parcela,” así se llama el nuevo libro del Sr. Lic. D. José López-Portillo y Rojas, es una novela rural y casi me atrevería á decir que es la novela rural nuestra. Los sucesos que en ella se desarrollan, el plan que la informa, el corte, la dicción, el pensamiento, todo es mexicano, nutrido de observación, palpitante de verdad, lleno de gracia y de frescura.

Los que vivimos en las ciudades y que de cerca ó de lejos imitamos vida y costumbres de la capital del país, que á su vez copia las de los grandes centros europeos, miramos con mal disimulado desdén á los habitantes de los campos, á
quie-

quienes juzgamos rudos é ignorantes, llenos de absurdas preocupaciones y ajenos á las ideas y á los afectos que conmueven á nuestros cerebrales, que ven la vida más como representación que como realidad.

Y sin embargo, ¡cuán digna de estudio es esa raza que, antes que los criollos burgueses y contra los europeos vergonzantes, comprendió á Hidalgo; que siguió á Alvarez, á Comonfort y á Degollado é hizo la Reforma; que luchó al lado de Corona y Riva-Palacio y restauró la República, y que hoy, consagrada á explotar la vieja Demeter, levanta el país haciéndolo vivir vida pacífica y honrada!

¿Qué cree, qué piensa, cuáles son los íntimos resortes que mueven á esa muchedumbre que vemos pasar en desfiles y festejos cívicos como imponente coro de ignota tragedia, ocultando llena de pudor sus costumbres, juzgando con altanera compasión á los habitantes del poblado, taciturna, reservada, impenetrable como el secreto de los bosques misteriosos, de los desfiladeros á pico y de los torrentes traidores que cruza, atraviesa y vadea diariamente? Estudio es este que debe preocupar á quien de observador se precie ya que constituirá su conocimiento el conocimiento de las reconditeces etnográficas y el de los misterios hondos que rodean al ser nacional.

Y este es el momento preciso de "ir al pueblo," como decían los revolucionarios

rios rusos. Ya en nuestras campiñas, en que antes se oía sólo la melancólica balada ó la intencionada "justicia," se escucha el canto del americano director de fábricas é instalador de maquinaria; ya la paz arcádica de las selvas nemorosas, de las llanuras fértiles, de los lagos tranquilos se perturba por el paso de la locomotora que en su penacho de humo arrastra á las divinidades campesinas y las sustituye por los dioses que presiden el trajín de la vida moderna: el trabajo y la competencia.

Claro que los que amamos á nuestro siglo y comprendemos que la historia vive de cambios y asimilaciones no deploramos la nueva faz de la existencia nacional; pero sí importa hacer constar qué era lo que había, y qué lo que lo ha llegado, para formarnos idea cabal de la evolución operada.

El Sr. López-Portillo ha comprendido tales cosas y aunando la pericia del psicólogo con la clarividencia del artista, ha estudiado las costumbres, el lenguaje, los hábitos, y la vida de la gente campesina nuestra; produciendo una obra que de seguro quedará entre lo poco del país que nuestro siglo transmitirá como herencia literaria al que va á sobrevenir.

Trátase en "La Parcela" de una de esas intrincadas cuestiones que por terrenos sostienen á la continúa nuestros hacendados y en que peleándose, no por el hue-

huevo sino por el fuero, se promueven juicios, incidentes, recursos ordinarios y extraordinarios, chicanas y picardías de la peor laya y por último se llega á las manos resultando uno ó varios muertos y heridos sin que sea posible discernir quién era el usurpador y de la parte de quién estaba la justicia.

En el libro del Sr. López Portillo sí sabemos una y otra cosas seguramente; el poseedor de buena fé á quien abonaban instrumentos y documentos, planos levantados y declaraciones de testigos, lo era D. Pedro Ruiz, ranchero de humilde condición, de trato llano, de talento claro y de hidalgos y caritativos sentimientos.

El traidor del drama se dice D. Miguel Díaz, hombre más presumido que perverso, más ignorante que malintencionado y más débil y falto de cultura que artero ó desleal.

Dispútanse ambos colindantes un terrenillo áspero y boscoso llamado el monte de los Pericos.—“La Parcela”—y de las exigencias destempladas y faltas de razón de D. Miguel y de la resistencia moral, legal y material de D. Pedro brota la disputa, se anuda el conflicto y se desarrolla el enredo, que merced á la buena fe, desinterés y espíritu conciliador del dueño del Palmar—Ruiz—termina armónica y pacíficamente.

Al rededor de estos dos personajes aparecen otros secundarios que están res-
pi-

pirando vida y verdad: Ramona, Gonzalo, Camposorio, el mayordomo D. Simón Ocegüera, el cura, Luis Medina, Chole. Estebanito y sobre todo los dos rancheros Roque y Pánfilo, y los dos abogados: Jaramillo y Muñoz, son figuras que semejan retratos de personas vivas de tal manera que cuando con ellos se topa en la obra el lector no pueden menos de preguntarse á qué individuos reales corresponden, buscando la parte esotérica del libro como los cervantistas tratan ahora de averiguar quién fué D. Quijote, quién Sansón Carrasco ó quién Dulcinea.

“La Parcela” es obra naturalista cuyos elementos están tomados pura y solamente de la verdad; pero no es realista á la manera francesa, sino que se parece más bien á las obras inglesas, y de las obras inglesas á las de Dickens.

Esa serenidad de espíritu, esa longanimidad en los personajes, esa benevolencia al tratar de los malos, ese delicado gracejo al describir á los ridículos, son procedentes de la cepa del novelista de Porstmouth.

Existen cuadros que tienen el relieve de la realidad que podrían pintarse como si se hubieran visto y tocado. La pendencia de los dos rancheros, en que ambos peleantes hacen ostentación de la “cavallería rústicana” propia de nuestras gentes de campo: la aplicación de la ley fuga al desgraciado Roque; la diligencia de
apeo

apeo en el monte y la ruptura de la presa son buena muestra de ello.

Las descripciones son pocas, pero oportunas y excelentes; sólo aparecen cuando los objetos inanimados pueden ser, según la expresión de Zola, á manera de personajes que influyan sobre el asunto directa ó indirectamente.

Hay algo que en el nuevo libro me encanta; el amor que en él se respira. Pero al hablar de amor no me refiero á la intriga amorosa, base de la innúmera catarva de fábulas sino al calor de humanidad, al cariño por las personas y las cosas, á la fé en la vida, en el progreso, en el cumplimiento de todo lo grande y todo lo bueno que animan y compenentran al autor.

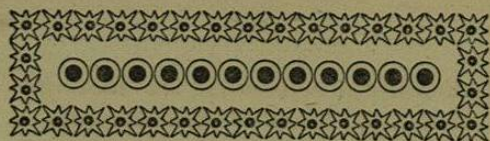
Claro que no hace éste ostentación de esa impersonalidad predicada como supremo don del novelista por Flaubert y los que siguen sur pasos de cerca. A menudo toma la palabra para censurar á los malos, alabar á los buenos, dolerse de los desgraciados y alentar á los irresolutos; pero para esto tiene en su abono ejemplos y jurisprudencia respetabilísimos: el ejemplo de Balzac (como quien nada dice) y la jurisprudencia de sus obras maestras, verbigratia Eugénia Graundet.

Bien sé que se hará un reparo á la obra del Sr. López Portillo diciéndose que no hay entre los suyos un personaje aborrecible porque aún á los malos los ha
pín-

pintado buenos; pero ¿acaso la bondad será como las provincias, "materia no novelable?" ¿Acaso el primer precepto del arte no consiste en ver la vida á través de un temperamento? ¿O es acaso obligatorio en las obras de ficción, como en las causas ante la Santa Sede, la presencia de un "advocatus diaboli?" Si así pasara habría que declarar fuera de la ley artística al "père" Goriot, á Paulina Quénu, á la mujer de Maheu, á Jacinta Santa Cruz y á la mitad de los personajes de la novela moderna.

En suma, para mí "La Parcela" es una de las novelas mejores que en la República se han producido, pues compite —¡cómo que compite!— con "La Calandria," con "La Bola" y con "La Rumba". Si tiene defectos búsqúeselos quien no sepa lo que es hinchar un perro; yo me limité á enviar al autor mi felicitación calurosa y mi admiración honda y sincera.





TODOS saben la historia de aquel gigante que sentía placer especial en dañar á los poderosos y á los fuertes, que aquí vencía á un paladín, allá impedía el matrimonio del doncel valiente con la infinita hija del rey, que en esotra parte destruía la fuerza de algún bandido habitador de misterioso castillo empinado en lo alto de las rocas; y que á los niños que andaban por los caminos, á los huérfanos y á los desheredados los colmaba de presentes, los metamorfoseaba en seres dichosos y les daba ventura en lides.

Tal es para mí la imagen perfecta del incomparable autor de "Otoñal." Dotado de estro poderoso, de insaciable amor á la justicia, caballero rendido del ideal, cuenta también en su organismo con una fibra de que carecen por regla general los pensadores como él, de vuelos tan altos: el amor á los niños.

¿Quién dijera que el mismo que cinceló tantas estrofas que semejan á Goliat con el vestido de Zaqueo, porque les viene estrecho el molde de la forma; que relató en páginas admirables la historia de
la

la humanidad resumiendo en frases brillantes como el oro y sonoras como el bronce la vida de los personajes á quienes pasa revista, era capaz de bajar hasta las inteligencias infantiles, de alumbrar, como el sol cuando desciende á la hondonada, todo cuanto halla á su paso con meridiana claridad!

Y sin embargo es así, pues el gran poeta, acaba de demostrarnos con su libro sobre historia patria, que ya conoce, hallándose apenas en los lindes de la edad madura, "L'art d'être grand père," la más bella y la más humana de todas las artes.

Comprende el librito en cosa de cincuenta páginas la historia de México desde sus primeros tiempos hasta 1808, referida con una exactitud tan grande, que verdaderamente pasma.

Nada de detalles inútiles, nada de dar crédito á especies más ó menos ingeniosas, pero no comprobadas, nada, en fin de nombres enrevesados que fatigan la memoria y contribuyen á que se aprenda por rutina; todo lo que el cuaderno contiene es esencial, y bien digerido, basta para que un obrero, un hombre de campo, cualquier persona que no pueda hacer más estudios que los elementales, logre asimilarse lo que ha menester estrictamente.

Contiene el libro, á estilo de los textos europeos, breves resúmenes en que se guarda el succus de la materia, una serie de

de juicios de los personajes y de las épocas que vienen á servir de condensación de lo leído, y una multitud de retratos de personajes, vista de lugares é ilustraciones sumamente variadas que de seguro aclararán en gran manera lo que se aprenda.

La dedicatoria del libro, el cual consagra el Sr. Sierra á sus hijos, es un modelo de bondad y de ternura que demuestra cuán hermosa alma anima al autor, y lo que podría llamarse prólogo tiene más qué aprender que todos los editoriales que en un año publican ciertos periódicos.

En nuestro país, donde abundan los hombres competentes en varias disciplinas, escasean, sin embargo, los autores de libros de texto, pues quien algo sabe rehúsa siempre asumir el papel de educador temeroso de que se le moteje de maestro de escuela, que es entre nosotros el padrón mayor de ignominia. A pesar de esto, en materia de Historia patria, hemos sido singularmente favorecidos, pues contamos con el libro del maestro Prieto, que es bien digno de llamar la atención, con la obra del Sr. Pérez Verdía, que en mi concepto nada deja que desear para la enseñanza preparatoria y normal, y con el escrito del Sr. Sierra, que ahora analizo brevemente.

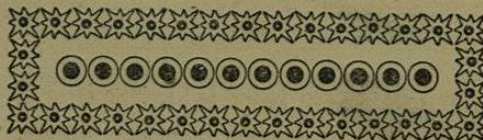
No hace todavía veinte años, cuando algún editor deseoso de allegar pingües ganancias encomendaba á cualquier

escritor de escaso valer la formación de un texto, aquel llevaba á cabo su trabajo copiando á trozos servilmente un tratado de la materia, cercenando aquí, añadiendo allá, borrando sin discreción y distribuyendo sin talento.

En seguida venía la parte material, que tan importante es para los niños, y que resultaba, si cabe, peor que la literaria, pues los tipos viejos, el papel de pésima calidad y los clichés inútiles la componían.

Hoy, por el contrario, las ediciones son tan lindas que cautivan hasta á las personas mayores; los retratos, los facsímiles y las vistas se reproducen con escrupulosa exactitud, y para formar el libro no se vacila en estudiar tanto como para una obra de gran aliento, quitando todo cuanto contribuya á embrollar la inteligencia, ó pueda no ser fácilmente comprendido por los jóvenes de corta edad.

Dichosos los escolares de ahora, que logran hojear textos tan primorosos como el "Primer año de Historia Patria," y más dichosos todavía porque pueden deleitarse saboreando la leche y la miel de la enseñanza de ese mago que mira á los fuertes frente á frente y que deleita á los niños con relatos en que resplandecen el patriotismo, la heroicidad y la grandeza de alma.



POR fin salió ya á la luz la Memoria sobre los beneficios del Sr. Obispo Alcalde, que se debe á Alberto Santoscoy, y que con tanta ansia esperaban todos los amantes de la literatura. Es un mediano volumen perfectamente impreso, con portada á varias tintas y orlas color de violeta en todas las hojas, y tan pulcra y elegantemente editado, que hace honor á las prensas infatigables del "Diario de Jalisco," de las cuales salió.

Pasa con este libro lo que con muy contadas personas: la apostura elegante, el continente gallardo y el exterior delicado, se compadecen á las mil maravillas con lo interno, que es, á la postre, mejor si cabe que tan linda envoltura.

Empieza la Memoria por un prólogo galeato bien razonado y discreto, que lleva como por la mano al asunto principal, que se desarrolla en sesenta y cinco páginas de nutrida lectura destinadas á tratar de los "Cimientos de un buen Gobierno," "El Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe." "El Beaterio," "La Universidad," "El Hospital de Belén," y la "Omnipresencia del genio de la caridad."

Otras ochenta y seis páginas contienen un concienzudo apéndice y la serie de documentos debidos al Señor Alcalde, que presentan á este gran benefactor bajo sus múltiples fases, como teólogo, filósofo, político, patriota y hombre de gobierno.

Tan pálida reseña no da, ni mucho menos, idea del material de la obra, pero sí demuestra que ésta es completa y que abarca todas las manifestaciones del genio del grande hombre.

Este trabajo es para mí el definitivo en el autor que lo produjo: es la obra que todo escritor honrado desea concluir, en que se hermanen las tendencias idealistas del alma, los santos anhelos de bien y de verdad y los conocimientos acumulados durante años; es el libro que todos deseamos producir para descansar luego, seguros de haber realizado nuestra parte de tarea en la vida universal, porque hemos conseguido hacer sentir algo puro y santo, algo noble y elevado á otros corazones.

Cuando después de tanteos estériles, de tentativas inútiles, se acierta logrando escribir una obra así, cualquiera puede sentirse satisfecho y abandonar, colgada de la espetera, la pluma ociosa, porque ya ha prestado el servicio que prestar debía.

Pero no, tal cosa no sucederá, pues aun nos faltan por saborear muchos volúmenes escritos en esa prosa tersa, jugosa

sa y elegante que resplandece en la Memoria, que es, no cabe duda, la obra de un sabio, de un sabio de ley á quien se siente placer en llamar así en los tiempos que alcanzamos, en que abundan tanto los sabios de símilor.

No es este libro un trabajo neciamente erudito, obra de un compilador más ó menos paciente que se preocupa por la cifra inútil, por el dato insignificante, por cosas que tanto importa saber como ignorar, que diría Cide Hamete; en Alberto Santoscoy la laboriosidad no sofoca en manera alguna al entusiasmo legítimo, al amor por las cosas grandes y buenas; se descubre, al través del afán que lo consume de estudiar manuscritos ratonados y leer infolios de pergamino, que el literato no ha matado al hombre y que subsiste todavía latente la savia que ha animado á un poeta de altos vuelos.

De Thierry, el autor de la Conquista de Inglaterra, se ha dicho que es el poeta de la Historia. Yo opino que denominación idéntica se debía aplicar á Santoscoy, tan exacto y al par tan penetrado del espíritu de la época que describe.

Nos presenta al Sr. Alcalde tal como era: caritativo sin afectación, sabio sin pedantería, protector de las letras sin pretenderlo casi y extendiendo por todas partes, á manera de corriente benéfica, el raudal de sus dones, favoreciendo á grandes y á pequeños y realizando á maravi-

lla el precepto del Apóstol, de que para el cristiano no hay gentil ni judío, griego ni romano, sino hombres unidos en una fe sola y en un solo amor.

En aquella época de afectación en todas las esferas, en aquel siglo XVIII en que, como dice Taine, Rousseau predica los encantos de la vida salvaje y los poetas menores sueñan, entre dos madrigales, en la dicha de dormir desnudo en medio de los bosques, asombra que haya existido un espíritu tan sano, tan admirablemente equilibrado como el del Sr. Alcalde, quien no practica sino la más pura, la más ardiente caridad, independientemente de los sentimientos teatrales y de relumbrón que privaban en aquella época de preciosas y de *beaux esprits*, en que se aplaudían como actos heroicos y jamás vistos las defensas de Calas, Sirven y los siervos del Jura.

Se me dirá que hasta estas Indias jamás llegó el contagio de la sensiblería caritativa; pero lo cierto es que habiendo tenido, como tuvo el Sr. Alcalde, contacto tan íntimo con la corte volteriana, enciclopedista y hasta un tanto revolucionaria de Carlos III, es de notar que no haya guardado resabios de tales cosas.

El modelo del Sr. Alcalde se halla en los siglos medio evales: en Francisco de Asís, que declara que de los pobres es cuanto posee, de quienes es también su corazón; en Domingo de Guzmán,

que

que se consagra en Roma á visitar á las emparedadas; en Luis IX, que muere en un lecho de ceniza después de haber pretendido reanimar las moribundas cruzadas.

Otra excelencia, muy digna de tomarse en cuenta, encierra el libro que examino: no recurre, para engrandecer á su héroe, á las leyendas, hermosas pero trilladas, con que la fantasía popular ha rodeado á manera de beatífica aureola la figura del monje de Cigales; todos los hechos ahí referidos si no se hallaban recónditos hasta la fecha, eran, por lo menos, poco conocidos, y tal circunstancia indudablemente contribuye en gran manera á mantener vivo el interés.

Algo noté en la obra que no estaba en las otras de Alberto: cierta melancolía que recorre todas las páginas del libro, que las compenetra y las llena, viniendo á constituir una especie de protesta contra el presente y una prueba de pesar por el pasado.

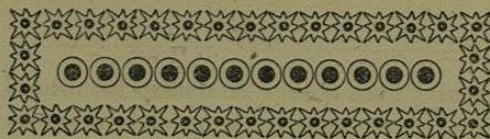
Pero que no se crea que tal tendencia venga á constituir en Santoscoy una nota ágría é inconveniente; que no cuadraría en hombre que tan deveras ama los buenos estudios el levantar discordes voces en el templo de la sabiduría para encomiar un ideal ó deprimir otro. Es, sí, una especie de dulce tristeza que invade el ánimo cuando se estudia lo anteriormente acaecido y se le compara con lo actual;

tual;

tual; ya sea porque "el tiempo pasado fué mejor," ó porque en la realidad hayamos alcanzado época menos bonancible que nuestros abuelos.

En suma, por su estilo castizo y elegante, por la cantidad asombrosa de noticias que contiene y por el espíritu noble que la anima, la Memoria merece que el público confirme con su aplauso el dictamen de los doctos examinadores de los trabajos que se presentaron al concurso literario y artístico.

Para Santoscoy parece que se escribió aquella frase que el egregio Menéndez Pelayo aplica al autor de una obra famosa ha tiempo publicada en España: "Ha hecho un libro. ¡Dichoso quien pueda decir otro tanto!"



"SUPREMA LEY"

POR

DON FEDERICO GAMBOA.



I he de confesar la verdad, Don Federico Gamboa no me era simpático como literato. Su libro *Del Natural*, me parecía una tentativa, por cierto no siempre lograda, de principante que ofrecía esperanzas; sus *Apariencias* se me antojaba una novela traducida y arreglada, como antaño se arreglaban los dramas y comedias, á la escena mexicana; sus *Impresiones y Recuerdos*, en que el autor da cuenta y razón de la época en que fumó su primer cigarro, del color de los ojos de su primera novia, de la palmeta con que el maestro corrigió sus deslices escolares y de otras cosas así de interesantes, me hacía la impresión de un alarde inmenso de egolaría en que exhibía el escritor sus *res et gesta* con la puntualidad conque un Goncourt ó un Daudet podían dar á conocer cuanto en la vida han ejecutado.

Así, pues, me sorprendió agradablemen-